

Testimonio

## Enfermedad y sentido del humor Testimonio recogido por el Lic. Arturo Salcedo Palacios

Debido a mi problema de hipertiroidismo, soy una persona depresiva; me cuesta trabajo iniciar mi día y encontrarle sentido a mi vida; por lo tanto, he aprendido a dárselo por medio del humor, que me permite ver el lado positivo de las cosas; no como una evasión, sino como una actitud en la que trabajo día a día, como un hábito cotidiano y que se ha convertido en una importante herramienta para transformar la manera de vivir mi realidad.

En una de esas etapas depresivas, estaba preparando chiles rellenos y me faltó queso. Me fui a la tienda en compañía de mi hijo de 12 años. En la tienda me dijo:  
“Prueba mi bici” (le había puesto nuevos estribos para poner el pie).  
“No, a mi edad, me mato”  
“Ni que estés tan vieja”-, dijo la señora de la tienda, -”dale el gusto a tu hijo”.

De regreso, al cruzar una avenida de 4 carriles, en un solo sentido, se me atravesó una persona, frené y sólo servía el freno delantero. Me fui hacia el frente y caí de quijada, con mi cuerpo delante de mi cabeza; sentí un dolor muy intenso y quedé tirada en la banqueta. Mi hijo, que no vio lo sucedido, pues me llevaba un poco de ventaja, regresó y me dijo:  
“¿Qué te pasó?”  
“¡Esta bici me cansa mucho y estoy descansando!”  
“Pero, mamá, ¿cómo, tirada en la calle?”  
“Pero ya descansé”(Me dio mucha pena).  
Y seguí con él, aguantando mi dolor.

Como pude fui al doctor y éste pensó que me había fracturado la mandíbula. Al día siguiente ya no pude mover nada. El traumatólogo me dijo que tenía un esguince y que necesitaba un collarín. Al llegar a casa mis hijos me vieron asustados:  
“¿Qué te pasó?, ¿qué tienes?”  
“Vengo de una clínica de belleza y esto es para que se me quite la papada, estirar mi cuello y que me quede como de cisne”.

Al quitarme el collar me di cuenta que tenía problemas con mis brazos y piernas, regresé con el doctor y me dijo que tenía un síndrome raro y que me tenía que quitar hueso de la clavícula para mejorar mi circulación y mientras tenía que hacer una serie de ejercicios. A la hora que me quiso explicar cómo hacerlos, le dije que no podía porque mi rodilla no funcionaba bien. Me pidió que me pusiera una bata para revisarme y me dijo que tenía una malformación y que era muy necesaria la operación.

Ya no pregunté nada, me fui llorando, angustiada. Al llegar a casa, cuando me preguntaron el diagnóstico, se los dije a mi familia, pero les aclaré que, de plano no le dije al doctor las otras molestias que tenía, porque terminaba en autopsia.

Decidí ver una segunda opinión. Como el problema era de circulación, mi doctor contactó un angiólogo, pero al no encontrarlo, comentó mi caso con un neurocirujano,

como amigos. Al escucharlo, me pidió que ese mismo día me hiciera una resonancia magnética. Al llevarle los resultados, apareció que tenía una lesión entre la quinta y la sexta cervical, donde el disco oprime la médula y ya tenía cierto grado de deshidratación; al salir del consultorio, vi a mi esposo realmente preocupado, porque el diagnóstico era cuadriplejía, lesión similar a la de Superman (por supuesto el actor que lo interpretaba). Lo primero que me vino a la mente fue: “Si él que volaba, quedó como quedó, ¿cómo me iba a ir a mí, una simple ama de casa?”.

No le pregunté a mi marido qué era lo que más le preocupaba, porque temía que fuera cuánto iba a costar. Para tranquilizarlo le dije: “Yo te espero aquí, ve al estacionamiento y ve si el doctor trae un carro del año: si es así, seguramente no tengo nada y necesita pagar sus letras, pero si trae un modelo anterior, vamos buscando quién nos presta.

Antes de la operación, como madre, hija, nuera, esposa... tenía que tranquilizar a mi familia, porque los veía muy asustados y procuré usar mi sentido del humor para que ellos y yo le diéramos otro giro al problema. Había mucho qué pensar; saber si quedaba cuadripléjica, quién se haría cargo de mis hijos... también saber que mi marido no iba a durar mucho conmigo y quizá buscaría a alguien más...

Lo primero que hice fue mentalmente buscar una novia para mi marido, que también fuera mamá de mis hijos. Hablé con él y le dije que si salía mal de mi operación, ya le había elegido compañía. Se molestó cuando supo quién era: “¿Por qué ella?, ¡No me gusta!”. Le contesté: “No la estoy buscando para que te diviertas, sino para que cuide de mis hijos y de ti”. A mi familia le expliqué que yo no era guajolote para morir la víspera (de Navidad), que no sabía cuando “me tocaba”.

El día de la cirugía programada, a las 3:00 p.m., llegué al hospital y vi que no había nada de movimiento. Le pregunté a la enfermera: “¿me van a operar?, vine sin alimentos y me muero de ganas por las burritas que están frente al hospital; ¿puede checar?, así para irme a comer y regreso otro día”. Me preguntó de qué era mi operación y, al saber que cervicales, azorada me dijo: “Yo pensé que era de las anginas, está usted muy tranquila y bromeando”. Le dije que estaba tranquila y que también ella podía estarlo, porque ni ella ni yo íbamos a operar, que los preocupados serían el médico... y mi marido, que iba a pagar.

Al salir del quirófano, le pregunté al doctor si iba a poder caminar, me dijo que no. Le pregunté si había quedado cuadripléjica y me dijo que no era eso, que sacó hueso de la cadera y sería doloroso hacerlo. Le dije que no me importaba, que quería intentarlo, me levanté, di mis primeros pasos y vi que efectivamente podía. Le dije: “doctor, ¿usted cree que con esta cirugía yo pueda tocar el piano?”- “Claro que sí, es una operación moderna y no le quedará ninguna secuela, podrá tocar el piano”. Le dije: “Qué adelantada está la Ciencia, yo ni piano tengo en casa”.

Tuve una rehabilitación muy difícil, muy dura... y fui descubriendo que no sólo a las personas que yo les transmitía mi sentido del humor, se tranquilizaban y vivían la situación de diferente manera; sino que yo misma había adoptado una forma alegre y distinta de vivir mi experiencia de dolor y sufrimiento. Así, en lugar de luchar con un enemigo a vencer, lo hice mío y pude disfrutar el cariño y la atención de los que me rodeaban y, a la vez, desarrollar la capacidad de disfrutar el simple hecho de estar viva.

En conclusión, poner gracia, ingenio, desparpajo, alegría, produce el relax psicológico

que lleva a desdramatizar la vida: a reírme de mí misma y del entorno; donde la broma, el chiste, el regocijo y la chispa saltan y hacen ligero lo cotidiano, superando situaciones de tensión y combatiendo el desánimo.

El sentido del humor es una postura ante la vida, una actitud, una disposición interior gracias a la cual podemos sobreponernos a los errores, a los problemas, sinsabores y adversidades de la vida.